

Camilo José Cela Trulock

Nomenat per la Comissió Gestora del dia 15 de maig de 1979. Fou investit el dia 22 de gener de 1980.

Señor rector magnífico de la Universidad de Palma de Mallorca.

Señores catedráticos y profesores del claustro.

Señoras y señores.

Poco trabajo ha de costaros adivinar que mi envaramiento, mi azoramiento, obedece a causa justificada. Bastante habría de ser, para producirlo, la razón de mi gratitud y la duda de que mis palabras supieran expresarla. Sin ambages ni suerte alguna de rodeos quisiera dejar pública y paladina constancia de esa gratitud a que aludo, que es mucha y de muy firme ley, y de otro sentimiento que desborda mi voluntad: mi pasmo de que este acontecimiento para mí memorable esté teniendo lugar en Palma de Mallorca y, referido a mi persona, por vez primera en España. No es éste el primer doctorado honoris causa que se me confiere pero sí es el primero que se me otorga en mi patria, España, el rincón del mundo en que nací, la parcela del planeta a la que Lope de Vega, con su voz más doliente y escarmentada, llamó madrastra de sus hijos verdaderos. Muchas gracias, mis queridos mallorquines, desfacedores de entuertos y propiciadores del buen ánimo para el paciente y reconfortador trabajo. Vuestra generosa hospitalidad me obliga a mucho y os prometo que procuraré hacerme acreedor de vuestra actitud. Poco importa que en determinado trance político las circunstancias no me permitieran formar en vuestras filas; os aseguro que mi corazón estuvo siempre con vosotros, y ahora pienso que tampoco debo insistir en lo que ya sabéis.

Pero si esa causa que os dejé esbozada, la gratitud, me cohíbe y me resta frescura y lucidez, imaginaos lo que me acontecerá al enfrentarme con un nuevo escollo, aún más difícil de salvar todavía. Aludo a mi propósito, que los dioses hagan posible y permitan hacedero, de corresponder a vuestro gesto inscribiéndome en la nómina cuyo sólo adivinado esplendor me deslumbra. Os aseguro, mis queridos amigos, que no regatearé esfuerzo alguno para conseguirlo. Decía Sófocles –y de ahí mi insistencia en la gratitud– que el agradecimiento engendra agradecimiento, ya que quien se olvida del bien que se le ha hecho no es posible que sea nunca un hombre de bien. Y a mí, que soy gallego y de otra mar distante, Mallorca me ha hecho mucho bien, y me ha abierto de par en par sus puertas para que aquí trabaje con ambos pies sobre la tierra y la mirada puesta en el noble y viejísimo y culto horizonte de su paisaje; no en vano es Palma de Mallorca la ciudad en que más años he vivido, en toda mi existencia. Aceptad, pues, mi más sincera expresión de confesado gozo. De mí puedo deciros que me sé y me reconozco mínimo: un árbol no lo sabe y no por orgullo. Los hombres, en nuestra limitación, somos –como quería Pitágoras– morales por nuestros temores e inmorales por nuestros deseos. Os aseguro, señoras y señores, que en mi caso y en estos momentos es aún mayor el miedo a no saber estar a la altura de las circunstancias que el deseo de acertar a hilvanar unas palabras más o menos acertadas.

Recibí la orden de nuestro rector de ser breve en mi parlamento; como aún me quedan unos minutos para poder cumplir mi cometido sin desobedecerle, quisiera hacerlos una honesta confesión. Llevo ya publicados muchos libros, con mejor o peor fortuna, y no obstante es ésta la primera vez que me planteo en público el problema de buscar en la causa de mi actitud. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué doy ahora este paso ajeno a mis hábitos profesionales y humanos? ¿Cuáles han sido los motivos que me indujeron a hacerlo así? Tras mucho pensarlo, creo haber encontrado la razón: porque me siento con el grado de

madurez literaria y humana suficiente para intentarlo. ¡A la vejez, viruelas!, podéis pensar y quizá sin error. Las aseveraciones y justificaciones al uso van poco con mi carácter y, para ésta de hoy, he tenido que esperar y hacer acopio de valor. Y de sentido de la propia responsabilidad. Os ruego que probéis a disculparme esta digresión.

Hace ya muchos años –los bastantes como para admitir que mi pensamiento haya podido madurar sin prisa–, me enfrenté con el problema literario y artístico como algo consubstancial conmigo mismo o con cualquier otro hombre de análogas honestas aficiones, partiendo de un supuesto elemental: las artes –y la literatura es una de ellas– son inamovibles en su esencia y tan sólo vuelan, o se tambalean, en su expresión; de ahí la falacia de las musas burocratizadas en las enciclopedias y la sangrienta burla de los géneros literarios que preconizan las academias y las aulas. ¿Debe creérsese? No sé hasta qué punto ya que, ¿qué más cosa que arte y literatura puede ser la humana constancia de la conciencia o el corazón que precisan drenarse, vaciarse del pus con que lo anegaron el desengaño y el dolor propio y ajeno? Es demasiado duro este oficio para que podamos permitirnos la licencia de los apriorismos y el ingenuo juego de azar de las preceptivas; recuérdese que la literatura, para Unamuno, no es arte de precepto sino de postconcepto; de la pintura y de las demás artes pudiera decirse lo mismo. No voy a detenerme, claro es, en el ensayo de la definición de aquello que ocupó muchas horas de mi vida, la novela considerada como género literario, por dos razones de principio: porque no creo en los géneros literarios ni en sus convencionales fronteras, como dejé apuntado, y porque tampoco creo que la novela –y la literatura y el arte en general– pueda sujetarse a norma. La literatura no es más que muerte –vuelvo a Unamuno– y la novela no es sino una forma de muerte, ni mejor ni peor que cualquier otra: el cáncer, el veronal, el infarto de miocardio o el tiro en la sien. Repito que la pintura y las demás artes también pueden regirse por esta antinorma. Dejemos que los cautelosos mandarines sigan entreteniéndose con sus clasificaciones y sus ejes de ordenadas y abscisas; a nadie hacen daño y, menos que a nadie, a nosotros los escritores.

La vida es un amargo camino en espiral que conduce a la muerte; la proyección de esa espiral –y el reflejo de la yedra que la adorna y la obstaculiza– es el objeto del arte y de la literatura, su fin adivinado o previsto y jamás encarrilado. Tan identifico a la vida con la espiral que lleva a la muerte que, sin violencia alguna, entiendo la vida como un incansable caminar hacia la muerte a pasos isócronos y consciente o inconscientemente deliberados; de ahí que el hombre pruebe, día tras día, a quemarse aun sabiendo que no es incombustible.

Acontece, sin embargo, que el arte y la literatura se cubren de moho que esteriliza, cuando madura y llega a ser objeto de la atención del prójimo espectador. En el arte, nos dejó dicho Picasso hace ya más de medio siglo, todo el interés se encuentra en el comienzo; después del comienzo, ya llega el fin. En este instante, el artista –o el escritor– que tiene talento suficiente para oírlo sonar, da un salto en el vacío, se despoja de laureles y vestiduras y se lanza, en cueros vivos a la palestra. Ha sonado el momento de la vivificadora antiarte y antiliteratura que nos restituirá el arte y la literatura; el lenguaje y el color, la técnica y el estilo se han hecho viejos y no cabe sino quemar las naves y enfrentarse, con un valor inusitado, con la realidad. Odio y amo –nos explica Catulo–; tal vez me preguntes por qué lo hago; no lo sé, pero pienso que esto es así y sufro. El devenir de ese odio y ese amor, de esa conciencia y de ese sufrimiento es la cultura; su señal y su garabato, el arte, y su crónica es la literatura. El arte y la literatura no es más que una mantenida pelea contra el arte y la literatura.

El artista o el escritor no es más que un enfermo que lucha denodadamente con su propia salud, contra su propia salud, y de esa guerra sale con el alma en pedazos y

reducida a ruinas. O el hombre mata a la obra o la obra mata al hombre; el artista y el escritor, nadie lo olvide, tienen más de chivos expiatorios que de verdugos.

Quiero seguir creciendo y, para ello, me niego a construir. La cultura, recuérdese a T.S. Eliot, representa las cosas que crecen –una brizna de yerba, un amor, un cachorro- , al paso que la civilización se refiere a las cosas que se construyen –una bicicleta, una chocolatera, un cañón- . Queda suficientemente explicada mi preferencia.

A todos y de nuevo: muchas gracias.